

Comunicación, universidad y profesión*

Raúl Fuentes Navarro**

Hace un año el Consejo Académico del ITESO acordó promoverme a la categoría de Profesor Numerario, honor que han merecido tan sólo otros 25 trabajadores académicos en toda la historia de la institución. Siendo tan reducido el número de los numerarios y, sobre todo, tan evidentes los méritos de la mayor parte de ellos, muchos alguna vez mis maestros, no puedo sino sentirme auténticamente orgulloso de haber recibido tal reconocimiento.

Afortunadamente, dentro de la cultura itesiana en la que me he formado desde que fui admitido como alumno de primer ingreso a mediados de 1970, el orgullo está mucho menos asociado con la vanidad o con privilegios especiales que con el sentido de pertenencia y la reafirmación del compromiso en el trabajo cotidiano.

Por eso, respondiendo a la invitación del Consejo Académico y del Departamento de Extensión Universitaria, quiero aprovechar esta ocasión para exponer, es decir, mostrar y arriesgar, algunos puntos clave sobre los cuales he trabajado en el ITESO y que remiten tanto al universo de las convicciones como al de las prácticas; tanto a lo que he aprendido de otros como a lo que he querido aportar; tanto a lo que es base y producto colectivo y que comparto con la comunidad a la que pertenezco como a lo que constituye únicamente mi visión personal. Desde ahí, no quiero hablar de mí, sino hablar yo -como sujeto de una enunciación ni más ni menos significativa que otras- sobre la comunicación, la universidad y la profesión.

La comunicación ha sido el pretexto, el propósito y el objeto de mi trabajo desde hace 20 años. Desde antes, por supuesto, como cualquier otro sujeto humano, me he comunicado y por esa red de permanente intercambio con el entorno y con los otros, soy. Pero más allá de esa experiencia vital común a todos los hombres y que no está sujeta a elección para nadie, hay una opción tomada, dijéramos, por la metacomunicación, que cruza centralmente en mi experiencia tanto a la universidad como a la profesión. Por eso, entre otras posibles, quise tomar esta relación como tema de esta conferencia.

Adolescente egresado de la preparatoria, tan inmerso en la incertidumbre como cualquier otro, se me apareció el proyecto de la carrera de Ciencias de la Comunicación del ITESO, la cual no había terminado nadie todavía y que casi nadie podía definir satisfactoria y claramente. Sin embargo, despertaba un entusiasmo y una energía tan grandes que no podía ser descalificada como opción: es más, el contexto de la cultura inconformista de fines de los sesenta hacía que su apertura total al futuro, para otros su indefinición, la hicieran irresistiblemente atractiva.

Muchos años después encontré una cita, referida a la ciencia, de la cual la carrera entonces no tenía prácticamente nada, pero que coincide en mucho con mi asimilación de aquella opción. La cita es de Lewis Thomas y asienta que:

Es la aceptación de la ignorancia la que lleva al progreso, no tanto por

que la solución de un enigma particular lleve directamente a un nuevo elemento de comprensión, sino porque el enigma (si interesa suficientemente a los científicos), lleva al trabajo.¹

Extrapolo el sentido y reconozco en aquel conjunto de locos apostadores por el futuro de la escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO de hace dos décadas, a quienes no sabíamos qué era la comunicación y cómo se nos convertiría en profesión seria, responsable y respetable, pero que sabíamos con toda certeza que habría que saberlo, haciéndolo, y que nos interesaba tanto que nos ponía a trabajar. Y no a trabajar de cualquier manera, sino universitariamente, en el más puro sentido del término.

Creo que el ITESO no ha tenido nunca como entonces tan manifiesta, tan palpable, tan viva, su dimensión de comunidad universitaria, de espacio de búsquedas compartidas, de "lugar de encuentros". Eso era casi lo único que tenía, antes de su crecimiento que no se ha detenido, del reconocimiento de validez oficial de los estudios por la SEP, de la institucionalidad firme y formal de que ahora gozamos y que muchas veces nos oculta o deforma el sentido vivo de la comunidad universitaria que queremos, sin duda, seguir siendo.

* Conferencia del Mtro. Raúl Fuentes presentada en el "Ciclo de conferencias de profesores numerarios y eméritos", mayo de 1991.

** Profesor Numerario del ITESO. Director de la Maestría en Comunicación.

ción de apoyos, recursos y reconocimientos adecuados, sino sobre todo, en la ubicación del sentido y de los alcances y límites concretos de la práctica en términos sociales amplios. Como escribió Pablo Latapí hace años:

Una profesión -cualquiera- no es la prestación de un servicio de un individuo a otro individuo. Es un conjunto de relaciones estables entre hombres con necesidades y hombres con la capacidad de satisfacerlas. Por esto, las profesiones adquieren modos de funcionamiento acordes con la formación social en que están insertas. Por esto son estructuras sociales.²

En estos mismos términos puede entenderse la tensión profesional para los egresados de comunicación que Jesús Martín Barbero ha formulado felizmente en términos de proceso: pasar de ser "intermediarios" a "mediadores"; es decir, de reproductores dóciles para la expresión y el logro de propósitos de otros, a interventores responsables del "tendido de puentes" entre sectores socioculturales estructuralmente separados. En cuanto a la profesión del comunicador, hay también una propuesta utópica que retomo de Jesús Martín:

Mediador será entonces el comunicador que se tome en serio esa palabra, pues *comunicar* -pese a todo lo que afirmen los manuales y los habitantes de la postmodernidad- ha sido y sigue siendo algo más difícil y largo que informar, es hacer posible que unos hombres reconozcan a otros, y ello en "doble sentido": les reconozcan el derecho a vivir y pensar diferente, y se reconozcan como hombres en esa diferencia. Eso es lo que significa y lo que implica pensar la comunicación desde la cultura.³

Buscando y experimentando creaciones de estos y otros modelos



de ejercicio profesional universitario de la comunicación, sujetos siempre a la reformulación, al debate y a la práctica cotidiana, he trabajado con otros en el ITESO y fuera del ITESO en eso que llamaba la metacomunicación: la comunicación sobre la comunicación, tratando de la manera más sistemática posible de entender nuestro objeto practicándolo y de practicarlo entendiéndolo. Por eso, además de dar clases, investigar, planear, evaluar, etcétera, todos los días de tiempo completo desde hace más de diez años, he intentado formular planteamientos pertinentes sobre la formación universitaria de comunicadores, el diseño curricular, la metodología educativa, las prácticas profesionales, la investigación y los investigadores de la comunicación, en suma, según me han ayudado a nombrarlo últimamente, sobre la comunicación como campo cultural, como campo intelectual, y sobre las prácticas específicas que lo constituyen y lo determinan. A ese campo fue al que me introduje hace

más de 20 años, y a su definición y desarrollo, a su conocimiento y su reconocimiento, he querido aportar con mi trabajo y la colaboración con otros, afortunadamente muchos, compañeros.

De los productos de ese trabajo no voy a hablar. Los textos están ahí, publicados, y las acciones cotidianas que los respaldan también están ahí, como esta exposición, sujetas a la interpretación de los demás. Indudablemente, hay cada vez más que hacer y todo puede hacerse mejor. Confío en que el ITESO siga teniendo la generosidad de darme el espacio universitario para seguir haciendo mi, nuestro, trabajo. ■

Notas

1. Thomas, Lewis. "La ciencia: últimas preguntas", en *Vuelta*, núm. 62, México, enero de 1982.
2. "Hacia un profesional diferente", en *Política educativa y valores nacionales*, Nueva Imagen, México, 1979.
3. Martín Barbero, Jesús. "Comunicación, campo cultural y proyecto mediador", en *Diálogos de la comunicación*, núm. 26, FELAFACS, Lima, marzo de 1990.